
Comentario

La filosofía en la Argentina

WALDO ROSS

Profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad Humboldt de Berlín

LA División de Filosofía y Letras de la Unión Panamericana acaba de publicar un libro sobre la filosofía en la Argentina¹, dentro de su programa editorial de textos relativos a la historia de la filosofía latinoamericana. En esta obra su autor, el profesor Juan Carlos Torchia Estrada, ha realizado una magnífica síntesis de los momentos culminantes por los cuales ha cruzado el desarrollo del pensamiento filosófico argentino. En ella, cada uno de estos momentos aparece encarnado en algunas pocas figuras que traducen la inquietud filosófica del instante histórico en que viven. El lector extranjero puede entonces usar este libro sin temor de perderse en una larga e intrincada enumeración de filósofos y escritores argentinos. Además, cada autor representativo aparece aquí con sus correspondientes datos biográficos y, desde el punto de vista de la historia de la cul-

tura, aparece rodeado por el clima espiritual de la época, la cual el profesor Torchia Estrada describe con un estilo muy ameno y atrayente.

El autor inicia su obra con el estudio de la filosofía escolástica introducida por los jesuitas en la Universidad de Córdoba (1622-1767). No existen textos filosóficos de esta época. En cambio, existen algunos textos de enseñanza impuestos por los franciscanos quienes se hicieron cargo de la Universidad a raíz de la expulsión de los jesuitas de las colonias españolas (1767). Entre los profesores franciscanos de Córdoba cabe citar a Fray José Elías del Carmen Pereira quien ejerció la cátedra desde 1783, autor de "*Conclusiones sobre toda la filosofía*" (1790) y del "*Curso de física general*" (1794). Fray Elías sigue en estos libros algunas de las tesis de Descartes y defiende muchos de los principios de la física de Newton.²

¹ JUAN CARLOS TORCHIA ESTRADA, *La filosofía en la Argentina*, Colección Pensamiento de América. Unión Panamericana, Washington, D. C. 1961. Todas las citas pertenecen a esta edición.

² Sobre la introducción de la "modernidad" dentro de la filosofía escolástica argentina, véase la obra del P. GUILLERMO FURLONG: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1810)*, editada en Buenos Aires en 1952. El profesor Torchia Estrada rebate parcialmente la obra de Furlong a quien acusa de caer en el extremo opuesto de la historiografía liberal de Ingenieros y Korn.

En 1773 se fundan los Reales Estudios de Buenos Aires donde también se imparte la enseñanza filosófica. Se destaca aquí Luis José Chorroarín quien en su "Lógica" (1783) se preocupa de la crítica de las ideas cartesianas. En resumen, vemos en este período el esfuerzo realizado por los filósofos argentinos para lograr una síntesis entre la tradición escolástica y las nuevas ideas de la "modernidad" imperantes en esa época.

Hacia el momento de la Independencia (1810) comienza a imponerse la *Ideología* inspirada principalmente en los franceses Cabanis y Destutt de Tracy. Comienza entonces a manifestarse un deseo de reformar la enseñanza, liberalizándola y adaptándola a los métodos de la ciencia experimental. En este intento de reforma se destaca la figura de Manuel Belgrano (1770-1820) quien en 1810 recomendó que se enseñara la lógica de Condillac y que se suprimiera la enseñanza de la metafísica escolástica, reemplazándola por clases de doctrina católica. Asimismo es conveniente señalar en este período las reformas educativas introducidas por el deán Gregorio Funes (1749-1829), rector de la Universidad de Córdoba después de 1804. "En síntesis, puede decirse que el *Plan de Estudios* del deán Funes revela un espíritu renovador, aunque moderado. A diferencia de las sugerencias de Belgrano, la lógica y la metafísica no se modificaron, pero se abrevió su extensión con especial insistencia en evitar los excesos de disputa. De esta reducción salió gananciosa la física, pues se le antepuso, como necesaria preparación, un año de matemáticas. Además, se trató de que aquella fuera enseñada experimentalmente. En ética,

en cambio, se mantuvo la tradición aristotélica. En cuanto a la orientación general, si no hubo ya una sujeción dogmática y sin exclusiones a la escolástica, tampoco se echó Funes por completo en brazos de los modernos, que le resultaban particularmente peligrosos en metafísica".³

Tres nombres argentinos encarnan plenamente la inquietud del período de la Ideología: Lafinur, Fernández de Agüero y Alcorta.

Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824) es el primer pensador argentino que arremete contra la escolástica. El manuscrito de su famoso curso de filosofía dictado en 1819 (Lógica y Metafísica) pudo conservarse gracias al celo de Juan María Gutiérrez quien dijo: "En nuestro concepto él señala la transición entre el escolasticismo en que se educó el autor en Córdoba, y los métodos y doctrinas modernos en que le iniciaron las lecturas superficiales que hizo en Buenos Aires de las obras de Condillac, Locke y de Destutt de Tracy, de Capmani y de Hugo Blair"⁴. El profesor Torchia Estrada realiza a esta altura una minuciosa investigación de las fuentes del pensamiento de Lafinur sobre todo en la Lógica y las clasifica así: "En la parte correspondiente a la Lógica es posible reconocer tres fuentes: 1) elementos de la lógica tradicional (que no difieren en nada, por ejemplo, de la *Lógica* de Chorroarín); 2) páginas inspiradas en Condillac o resumidas de él; 3) transcripciones literales de Destutt de Tracy"⁵. En cambio, en la metafísica Lafinur mantiene una posición teológica inspirada en Fenelon.

Juan Manuel Fernández de Agüero (1772-1840), enseñó ideología en la Uni-

³ Op. cit., pág. 71.

⁴ Op. cit., pág. 73.

⁵ Op. cit., pág. 74

COMENTARIO

versidad de Buenos Aires en 1822, siendo suspendido de su cátedra en 1824 acusado de herejía. Sus lecciones fueron publicadas parcialmente en 1824 con el título de "*Principios de Ideología elemental, abstractiva y oratoria*". En la última parte de esta obra hizo una fuerte crítica contra la política eclesiástica y contra la organización institucional de la Iglesia Católica, afirmando que ésta se apartaba visiblemente de las enseñanzas de Jesús. Por eso "Fernández de Agüero significa, con respecto a Lafinur, el afianzamiento de la ideología en la cátedra. También su enseñanza encuentra resistencias, pero ellas se debieron más a sus excesos de heterodoxia polémica en campos no estrictamente filosóficos que a la exposición de las doctrinas ideologistas. Estas, sin aquellos excesos, se enseñarían más tarde, sin contratiempos, por intermedio de Alcorta"⁶.

Diego Alcorta (1801-1842) fue profesor de ideología en Buenos Aires en 1828, sucediendo en la cátedra a Fernández de Agüero. Una versión de sus lecciones fue publicada por Paul Grousac en 1902. "El *Curso* de Alcorta consta de tres partes: I. Estudio del entendimiento humano o Metafísica. II. Estudio de los procederes del entendimiento humano (Lógica). III. Retórica. El orden en que Alcorta expone la Lógica y la Metafísica es, como se ve, inverso al utilizado por Agüero".⁷ "Las dos características más salientes que creemos poder distinguir en él son la influencia predominante de Condillac y la mayor elaboración personal de los elementos tomados de otros autores, comparado con sus predecesores en la cátedra de Ideología".⁸

⁶ Op. cit., pág. 98.

⁷ Op. cit., pág. 101.

⁸ Op. cit., pág. 109.

En la década de 1830 el romanticismo traído de Francia por Esteban Echeverría irrumpe en América Latina. Se observan en este período las influencias de la filosofía ecléctica (Cousin, Jouffroy, Lermínier), de la escuela teológica liberal de Lammenais, del socialista utópico, y de la filosofía de la historia (Herder, Savigny, Vico). Estas son, en general, las influencias que se ejercen sobre los grandes románticos argentinos: Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Vicente Fidel López.

Juan Bautista Alberdi (1810-1884) es el filósofo más representativo del romanticismo argentino. Fue el primero en defender la posibilidad de una "filosofía americana" al decir: "Queremos nosotros una filosofía que, aceptando las doctrinas indestructibles, los antecedentes fundamentales de los sistemas pasados, aspire a poner en ella un elemento suyo, una condición nueva y adecuada a su misión peculiar, filosofía, en una palabra, penetrada de las necesidades sociales, morales y inteligentes de nuestro país, clara, democrática, progresiva, popular, americana, calorosa como nuestro genio, brillante como nuestro cielo, profética, inspirada, rica de esperanzas alentadoras, fértil de aspiraciones sublimes, como la de Condorcet, como la de Lerouse, como la de la perfectibilidad indefinida del progreso continuo del género humano, filosofía que haga salir a los jóvenes de entre sus brazos, incendiados de amor por la patria y la humanidad, generosos, guapos, fáciles al sacrificio, razonadores y no disputadores, tolerantes, intrépidos para encararse sin insolencia a la más encumbrada autoridad, al hombre más imponente, y exigirle los títulos de su so-

beranía".⁹ Es en su obra "*Fragmento preliminar al estudio del derecho*" (1842) donde aparecen estas ideas básicas de Alberdi junto a su concepción de la historia, donde afirma que "el devenir histórico no es un mero transcurrir inorgánico, sino un desarrollo ordenado; este orden supone una lógica, en posesión de la cual es posible comprender cómo un estado histórico da lugar a otro, y prever situaciones futuras sobre la base del conocimiento de situaciones actuales".¹⁰ En su obra "*Bases y puntos de partida para la organización de la Confederación Argentina*" (1852) puso la plataforma práctica de estas ideas que inspiraron la Constitución de 1853. Más tarde conoció las obras de Comte y de Spencer. A este respecto, es importante señalar aquí que en esta actitud de Alberdi están implícitas gran parte de las ideas positivistas que culminan en el período siguiente. Por esto "Alejandro Korn ha sostenido reiteradamente la tesis de que Alberdi fue positivista con independencia del positivismo doctrinario europeo. Cuando éste llega al país ya se había desarrollado en Argentina un 'positivismo autóctono' cuyo vocero principal fue Alberdi".¹¹

Sin alcanzar la transcendencia americana de Alberdi, Vicente Fidel López (1815-1903) es otro de los pensadores famosos del romanticismo argentino. En su "*Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad*" (1845) continúa desarrollando la concepción de Alberdi sobre la historia entendi-

da como un proceso tendiente al progreso indefinido: "*Progresar perpetuamente hacia la perfección*: he aquí el luminoso axioma que pudiera resumir toda la historia".¹² Empero la obra que le dio mayor prestigio fue su monumental "*Historia de la República Argentina*" (1883).

Junto a estas dos luminarias del romanticismo, el profesor Torchia Estrada estudia la contribución de otros dos filósofos menos conocidos: Adolfo Alsina (1827-1877) quien intenta hacer una síntesis ecléctica equidistante de todos los sistemas filosóficos exclusivos, y Manuel Quiroga de la Rosa quien en su obra "*Sobre la naturaleza filosófica del derecho*" (1837) conduce al eclecticismo hacia una forma de filosofía de la libertad que llega a recordar a Berdiaeff. "Quiroga modifica así el *cogito* cartesiano: Yo pienso, luego soy libre. Por lo tanto, donde no hay pensamiento completo no hay libertad completa".¹³

Al finalizar el siglo XIX la Argentina cae también bajo la influencia del positivismo, al igual que casi todos los países americanos. Tres pensadores argentinos intentan realizar la síntesis de las ideas positivistas de la época: Bunge, Ameghino e Ingenieros.

Carlos Octavio Bunge (1875-1918) se hizo famoso por su duro libro "*Nuestra América*" (1903) donde critica los defectos de nuestros pueblos. En su obra "*Estudios filosóficos*" como "influencias más marcadas, pueden señalarse la de Spencer para su idea de una metafísica de lo incognoscible, la de Wundt para algunos aspectos de sus estudios psicoló-

⁹ Op. cit., pág. 133.

¹⁰ Op. cit., pág. 136.

¹¹ Op. cit., pág. 152.

¹² Op. cit., pág. 156.

¹³ Op. cit., pág. 165.

COMENTARIO

gicos y la de ciertas ideas generales del transformismo. Quizá pueda indicarse también la de Nietzsche para algunos aspectos de su ética y su concepción del derecho".¹⁴ Bunge defiende la posibilidad de una metafísica positiva al decir: "Admito, pues, la posibilidad y hasta la existencia de una metafísica positiva. Su objeto debe circunscribirse a deslindar lo que se conoce y puede conocerse, de lo que todavía no se conoce ni puede conocerse. Sus bases estriban en la psicología fisiológica y en la psicología propiamente dicha. Por tanto está constituida por una serie de hechos físicos y psíquicos, de los cuales desprende inducciones generales. Su utilidad práctica consiste principalmente en establecer la necesaria separación entre los problemas resolubles de la psicología fisiológica y de la psicología propiamente dicha, y los irresolubles de la psicología trascendental."¹⁵ En cuanto a la ética, ésta "debe contar tanto con el amor como con el odio. Aceptada esta ambivalencia de los principios del amor y del odio, podrían determinarse máximas morales destinadas a regir la conducta y que respondan a ambos principios. Las máximas correspondientes al amor serían las siguientes: 1) Confía en los propios. 2) Ama al que te ama y, si te es posible, aún más de lo que te ama. 3) Si te hallas en contienda con alguno de los propios o de las personas que te aman procura solucionar el caso por medio de la lealtad y del amor. Por su parte, los tres principios correspondientes a los expuestos y basados en el odio, serían los siguientes: 1) Desconfía de los extraños. 2) Odia al que te

odia, y, si te es posible, aún más de lo que te odia. 3) Si te hallas en contienda con alguno de los extraños o de las personas que te odian procura salir vencedor por todos los medios de que dispongas. A las seis máximas enunciadas puede reducirse todo un sistema de ética positiva y racional. Este sistema, entiende nuestro autor, tiene sobre otros la ventaja de basarse en leyes biológicas"¹⁶.

El famoso paleontólogo argentino Florentino Ameghino (1854-1911) debe ser ubicado también dentro de esta corriente de filosofía positivista. En su ensayo "*Mi credo*" (1906) expuso sus principales ideas filosóficas. "Según Ameghino, el universo está constituido por cuatro infinitos: uno tangible, la materia, y tres inmateriales, el espacio, el tiempo y el movimiento. El espacio sirve de receptáculo a la materia, que no tuvo principio ni tendrá fin. El tiempo, aunque inmaterial, es sensible y tangible. Defino, pues, el cosmos —escribe Ameghino— como el conjunto de cuatro infinitos: el inmutable 'infinito espacio', ocupado por el 'infinito materia', en 'infinito movimiento' en la sucesión del 'infinito tiempo'¹⁷. De aquí deduce consecuencias propias del materialismo científico de la época.

Pero el filósofo positivista argentino que más influencia alcanzó en América latina fue José Ingenieros (1877-1925). Sus obras psicológicas como "*La simulación en la lucha por la vida*" y "*El hombre mediocre*", de un estilo ágil y ameno, se leen aún hoy día con gran interés. En su obra "*Principios de psicología*" (1913) anticipó gran parte de sus ideas sistemáticas. "Podríamos resumir

¹⁴ Op. cit., pág. 189.

¹⁵ Op. cit., pág. 192.

¹⁶ Op. cit., pág. 195.

¹⁷ Op. cit., pág. 198.

en los siguientes rasgos la concepción que Ingenieros tiene de la psicología: a) es una ciencia natural, rama especial de la biología; b) tiene por objeto estudiar las funciones psíquicas (conscientes e inconscientes) de los organismos vivos en general; c) su principal preocupación es mostrar el 'filum' de esas funciones a través de la evolución de las especies ('filogenia psíquica') y su diferenciación en las sociedades y en el individuo; d) su método es la observación exterior complementada por la introspección y el experimento. Pasando ahora al contenido concreto de las doctrinas psicológicas de Ingenieros, diremos que éstas se caracterizan por tres notas fundamentales: 1) su naturalismo; 2) su evolucionismo al que está ligado el uso del método genético; 3) la aplicación del transformismo a la explicación de los hechos psíquicos".¹⁸ Del evolucionismo aplicado a la psicología se deduce el proceso de formación de la conciencia. "En todo ser vivo, el grado de conciencia que puede acompañar a una sensación recibida, depende de la cantidad de las impresiones anteriormente fijadas por la memoria y sistematizadas en tendencias (hereditarias) o en hábitos (individuales). A un máximo de experiencia corresponde la posibilidad de un máximo de conciencia".¹⁹

En su obra "*Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*" (1918) Ingenieros defiende la posibilidad de una metafísica de la experiencia, desarrollando de esta manera el pensamiento iniciado por Bunge. El Prof. Torchia Estrada señala finalmente que en Ingenieros se dan juntos y sin posibilidad de fácil adecuación el determinismo y el idealis-

mo ético. "Si la humanidad considerada como especie biológica, no tiene misión alguna que desempeñar en el universo, como no la tienen los peces o la mala hierba, ¿cómo es posible afirmar que la historia es una infinita inquietud de perfecciones? Evidentemente actúan aquí dos elementos de difícil conciliación, que responden, sin embargo, a dos facetas igualmente auténticas de Ingenieros: su formación filosófica científicista y su generosa espontaneidad ética".²⁰

Las tres primeras décadas del siglo XX están caracterizadas por una reacción contra el positivismo y por el desarrollo autónomo de la filosofía argentina. En esta época la filosofía no será más la base de la acción política, como en Alberdi, ni el conjunto de reglas para la acción pedagógica. Será una preocupación puramente intelectual. Desgraciadamente, no presentará tampoco un conjunto de grandes escuelas de pensamiento como las que hemos visto al referirnos a la escolástica, a la ideología, al romanticismo o al positivismo. Tres nombres se destacan en este período: Alberini, Rougés y Korn.

Coriolano Alberini (n. 1886) fue polemista contra el positivismo. Las influencias predominantes en su pensamiento son las de la evolución creadora de Bergson y las del neovitalismo de Driesch. En su "*Introducción a la axiogenia*" (1921) se preocupó de desarrollar una filosofía de los valores partiendo de las ideas de estos pensadores.

Alberto Reugés (1880-1947), en cambio, desarrolló una metafísica de la temporalidad en su obra "*Las jerarquías del ser y la eternidad*" (1942) donde se ob-

¹⁸ Op. cit., pág. 208.

¹⁹ Op. cit., pág. 215.

²⁰ Op. cit., pág. 229.

COMENTARIO

servan especialmente las influencias de Bergson y Plotino.

Finalmente, Alejandro Korn (1860-1936) ejerce la cátedra principalmente bajo las influencias de Bergson, Dilthey, Marx y la filosofía alemana de los valores. Su obra más difundida en América latina es "*La libertad creadora*" (1922) donde, a partir de una posición gnoseológica subjetiva, fundamenta la filosofía de los valores. La importancia de Korn no radica solamente en sus ensayos que él mismo reunió en un volumen titulado "*Ensayos filosóficos*" (1930), sino muy especialmente en su magisterio, en su clara vocación espiritual que lo llevó a formar y a influenciar a la nueva generación filosófica de la Argentina. Precisamente éste es el punto de partida sobre el cual se apoya el Prof. Torchia Estrada para enjuiciar la situación actual de la filosofía argentina. La nueva filosofía argentina nacería así de la acción renovadora de Korn.

En el presente el Prof. Torchia Estrada distingue las siguientes tendencias filosóficas: a) el tomismo a cuya cabeza se encuentra Monseñor Octavio Nicolás Derisi (n. 1907), actual Rector de la Universidad Católica de Buenos Aires;

b) los discípulos del magisterio de Korn (la corriente más importante según el autor), cuyo principal representante es Francisco Romero, el filósofo argentino más difundido de la hora actual; c) el existencialismo representado especialmente por Carlos Astrada, Vicente Fatone y Miguel Angel Virasoro; d) los pensadores independientes como Alfredo Coviello, Angel Vassallo y Juan Luis Guerrero.

El Prof. Torchia Estrada hace un balance muy objetivo y detallado de la situación filosófica actual, llegando hasta mencionar la obra de pensadores muy jóvenes hasta ahora prácticamente desconocidos. Al enjuiciar la situación actual el autor se muestra extremadamente cauteloso, basándose exclusivamente en las fuentes bibliográficas. Es así parco en su crítica sin comprometerse jamás en opiniones aventuradas. El libro se hace de este modo altamente recomendable para profesores, investigadores y estudiantes de la cultura latinoamericana. Personalmente (¡más vale aquí predicar con el ejemplo!), yo mismo lo he estado utilizando como texto-guía en mis clases de literatura argentina que dicto este año en el Instituto Románico de la Universidad Humboldt de Berlín.